

Transición y cambio sociocultural en la región cantábrica: «De cazadores a campesinos»

Los procesos de transición son fases decisivas en la marcha y evolución de las sociedades; son procesos de larga duración en los que estilos de vida, modos de producción, formas de organización social y sistemas de pensamiento entran en crisis y se ven sometidos a mutaciones y transformaciones de signo dispar. Son, por tanto, etapas bisagra de la historia, momentos que, más que otros, hacen o resumen la historia ¹.

Estos procesos se presentan como una combinación de desarrollos históricos desiguales, que afectan de forma diversa a las formaciones sociales: El inicio de un período de transición en una sociedad determinada puede producirse cuando la misma transición ya se había dado anteriormente en alguna sociedad y cuando todavía no ha comenzado en otras. La complejidad de fenómenos que aparecen en estos períodos descubre las dificultades con que los historiadores, economistas y antropólogos tropiezan para caracterizar y seguir con precisión la dinámica de estas etapas. Por eso el análisis de estas fases exige la movilización de las ciencias sociales y «explica

1 Cf. P. Pages, *Introducción a la historia*, Barcelona, Barcanova, 1983, pp. 318-319

que antropólogos e historiadores hayan prestado atención a dichos procesos, intentando medir las partes de azar y de necesidad que den cuenta de la aparición, del desarrollo, de la desaparición en el tiempo, de los sistemas económicos y sociales y su eventual reemplazamiento por otros sistemas que les suceden»².

Dentro de los frentes de estudio e investigación de los procesos de transición uno de los más importantes, pero también de los menos conocidos, es el proceso que conduce de la primitiva economía basada en la caza y recolección a las nuevas formas productivas surgidas con la revolución neolítica. Este proceso adquiere diversas expresiones, según los distintos lugares en los que se produjo. Por eso los historiadores y arqueólogos que lo analizan han aportado distintas explicaciones sobre su naturaleza y dinámica.

Las constantes que presenta el proceso en nuestro país han sido peculiares, lo que han dado pie también a diferentes interpretaciones. Son, no obstante, pocos los trabajos en los que se plantea abiertamente el análisis de su naturaleza, condiciones y expresión. La razón es que los prehistoriadores españoles se han inclinado preferentemente por exponer y describir la secuencia estratigráfica y las características que presenta la industria recogida en los yacimientos excavados.

Existen, no obstante, algunos ensayos que trascienden este empirismo y profundizan en las causas que explican el fenómeno. Una muestra representativa la encontramos en un trabajo reciente centrado en el proceso de neolitización de la región cantábrica³. El estudio presta una atención pormenorizada a los datos del registro arqueológico, sistematiza minuciosamente la información disponible, presenta además una reconstrucción hipotética del proceso apoyándose en datos objetivos y evita la especulación gratuita e inconsistente.

2 M. Godelier, 'El análisis de los procesos de transición', en *Rev. Inter. de Ciencias Sociales* 114 (1987) p. 5

3 P. Arias, *De cazadores a campesinos. La transición al neolítico en la región cantábrica*, Universidad de Cantabria, Santander 1991.

La investigación es importante, no sólo por la documentación que se aporta, sino también por las hipótesis y por el modelo que sigue. Esta doble circunstancia, así como la trascendencia del tema, nos han animado a sintetizar y valorar críticamente algunas de sus conclusiones.

Nuestra intención al asumir esta tarea es la de resumir sus principales aportaciones. Pero dado que el marco en el que se sitúa la investigación es el de los procesos de transición y cambio, hemos creído oportuno centrar el análisis en torno a las distintas dimensiones que surgen al estudiar estos fenómenos. Este hecho explica que la perspectiva desde la que afrontamos el estudio no sea propiamente la del prehistoriador, sino más bien la que corresponde al enfoque seguido en la antropología social y cultural. Al asumir este planteamiento dejaremos, por tanto, en un segundo plano la consideración de los datos arqueológicos y nos ocuparemos principalmente de las hipótesis que se manejan en la reconstrucción del proceso.

I. CAMBIO SOCIOCULTURAL Y PROCESOS DE TRANSICION: DIMENSIONES Y PERSPECTIVAS ANTROPOLOGICAS

El estudio de la naturaleza, de las condiciones y del ritmo de los cambios en las sociedades y culturas ha sido una preocupación constante dentro de las ciencias sociales. Desde el siglo XIX hasta el presente los estudiosos del fenómeno se plantean toda una serie de cuestiones en las que centran su investigación: ¿Qué es lo que cambia en el seno de las sociedades cuando se producen los procesos de transformación? ¿Dónde se originan y de dónde proceden las fuentes que desencadenan los cambios? ¿Por qué cambian las sociedades? ¿Qué factores son los que desencadenan los cambios? ¿Cómo se producen los cambios? ¿Quiénes son los que protagonizan y lideran

los procesos? ¿Qué dirección siguen los cambios? ¿Con qué ritmo e intensidad se producen?...⁴

La mayoría de los antropólogos coinciden en la formulación de las preguntas, discrepan, sin embargo, en la respuesta que ofrecen, presentando diversas soluciones para cada caso. En la historia de la disciplina se plantea, no obstante, un dualismo en el que se agrupan gran parte de las soluciones que se ofrecen a los interrogantes citados.

En concreto, la cuestión del *ámbito* en el que se producen los cambios da pie a que de un lado se destaquen las presiones endógenas y a que por otro, sin excluir los anteriores, se insista más en las condiciones exógenas. En consonancia con esta doble perspectiva, la explicación del *modo* en que se producen los cambios tiene también dos planteamientos: Para un sector los cambios tienen lugar como consecuencia de la invención y el descubrimiento que los propios sujetos de las sociedades realizan en determinadas situaciones; mientras que otro grupo se inclina, más bien, por destacar el contacto entre los pueblos y los procesos de aculturación y difusión. Idéntica situación se observa en el problema de las *causas* y razones que conducen a los cambios: Un grupo se inclina por priorizar los factores materiales (presiones ecológicas, demográficas, técnicas, económicas); otro sector pone el acento en el papel de las ideas. Si nos fijamos en la cuestión del *ritmo* o intensidad con que se producen los cambios, tenemos por un lado a los que insisten en el carácter gradual y lento de los cambios; de otro lado están los que destacan la rapidez y el carácter radical (revolucionario) de determinadas transformaciones. El problema de la *amplitud y extensión* con que se aborda el fenómeno da pie igualmente a dos posiciones: una que plantea el estudio del cambio en períodos dilatados (evolución social y cultural); otra, más restringida, que prefiere la perspectiva microscópica y que centra su atención en períodos breves de tiempo.

4 H. H. Gerth - C. W. Mills, *Carácter y estructura social*, Buenos Aires, Paidós, 1963, pp. 349-351.

Estas posiciones no son excluyentes y por lo general los estudios del cambio no reducen su perspectiva a una sola alternativa. A pesar de ello, en la práctica, la mayor parte de los antropólogos prioriza alguna de ellas.

Dichas opciones son en gran medida el reflejo de los distintos modelos seguidos por los antropólogos en el estudio del cambio. La historia de la disciplina revela también aquí la existencia de un movimiento pendular en el que sucesiva y alternativamente se van adoptando diferentes perspectivas que ponen el acento en las posiciones anteriormente indicadas.

Haciendo un resumen rápido podemos constatar cómo en un primer momento los primeros antropólogos, influidos por el *esquema evolucionista*, plantean un análisis de los procesos de evolución social y cultural y ponen como criterio del paso de un estadio a otro el progreso y el desarrollo tecnológico. Consideran también que las distintas culturas, aunque surgen de forma independiente, han pasado en el curso de su historia por las mismas fases. El cambio tiene lugar como consecuencia de la invención y del descubrimiento de las sociedades.

En paralelo a la teoría evolucionista un grupo de antropólogos explica los cambios como resultado de la *difusión*. Asumen la premisa de que la mayor parte de los pueblos del mundo carecen de capacidad de invención y explican la diversidad cultural como consecuencia de las relaciones de préstamo.

Durante la primera mitad de nuestro siglo tanto los antropólogos norteamericanos (culturalistas) como los europeos (funcionalistas), a pesar de sus profundas diferencias, coinciden en centrar su atención en los *procesos de aculturación*, es decir, en el estudio de los cambios que tienen lugar cuando dos sistemas culturales autónomos se encuentran. Plantean su análisis fijándose en cuatro facetas diferentes, pero interrelacionadas: 1. los sistemas culturales; 2. la naturaleza de la situación de contacto; 3. las relaciones conjuntivas entre las culturas (individuos y grupos); 4. los procesos culturales activados por la conjunción de los sistemas: difusión, evaluación, integra-

ción (atendiendo en este caso a la incorporación, sustitución, sincretismo, aislamiento).

La parcialidad del enfoque desarrollado por los culturalistas y funcionalistas da pie a que se produzca una reacción crítica de la que surgen nuevos modelos. En el caso de la antropología norteamericana, algunos antropólogos se inclinan por una interpretación *neoevolucionista*, planteando que la «cultura evoluciona a medida que aumenta la cantidad de energía aprovechada anualmente *per capita*, o a medida que aumenta la eficiencia de los medios instrumentales usados para poner a trabajar la energía»⁵, o atribuyendo más importancia a la ecología y considerando, en consecuencia, que el factor fundamental del cambio y de la evolución cultural es la adaptación de la cultura a su medio⁶.

En esta misma tendencia se plantea también la distinción entre «evolución específica» y «evolución general» considerando también a la energía como la medida de la evolución general⁷. Distinción que a otros les lleva a considerar tanto los «procesos recurrentes», hallados en microescalas temporales, que caracterizan la vida diaria, anual y generacional de una sociedad; como los procesos «direccionales», hallados en macroescalas temporales, que implican variaciones no repetitivas, acumulativas en los sistemas sociales y culturales⁸.

En conexión con estos planteamientos, algunos antropólogos siguen el modelo propuesto por la *Teoría General de Sistemas*, reclamando la conveniencia de diferenciar entre la estructura de un sistema y de su ambiente y los procesos que tienen lugar dentro del sistema y en el intercambio entre el sistema y su ambiente⁹.

5 L. White, *La ciencia de la cultura*, Buenos Aires, Paidós, 1964, p. 341.

6 J. H. Steward, *Theory of Culture Change*, University of Illinois, Urbana, 1955.

7 M.D. Shalins y E. R. Service, *Evolution and Culture*, University of Michigan, Ann Arbor, 1960.

8 E. Z. Vogt, 'Sobre los conceptos de estructura y proceso en Antropología Cultural', en *Estructuralismo e Historia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1969, pp. 67-91.

9 T. Parsons, 'Una teoría funcional del cambio', en A. Etzioni, *Los cambios sociales*, México, FCE, 1968, p. 85.

A partir de dicho modelo conciben la estructura social como una interacción compleja, multifacética y constante en procesos de asociaciones y disociaciones de sus elementos. Advierten que de la interrelación de los elementos dentro de un sistema se desprenden dos características fundamentales: teleológica (ordenamiento de las unidades en función de determinado propósito) y de totalidad (toda alteración o cambio en alguno de los elementos repercutirá en todo el sistema). Reconocen, asimismo, la doble dimensión de los sistemas: de un lado, el estado de equilibrio entre los elementos, cuya función es la preservación de la identidad y posibilitar, así, la propia subsistencia y su realización funcional; de otro, y debido a la capacidad de reinformación que tienen los sistemas, su tendencia a generar formas de transformación y desarrollo. Siendo, en consecuencia, la retroinformación fuente a la vez de inestabilidad y cambio del sistema ¹⁰.

Por su parte, los antropólogos europeos cuestionan los planteamientos del funcionalismo desarrollando nuevas propuestas de análisis. Dentro de ellas destaca el denominado «*dinamismo*» cuyo objetivo es «captar la dinámica de la estructuras al mismo tiempo que el sistema de las relaciones que las constituyen: es decir, tener en cuenta las incompatibilidades, las contradicciones, las tensiones y el movimiento inherente a toda sociedad» ¹¹.

La renovación del marxismo europeo en los años sesenta da pie a la aparición en la antropología de un modelo de análisis del cambio basado en el estudio de los *procesos de transición* de un modo de producción a otro. Sus seguidores entienden el cambio como resultado de la quiebra de modos de producción y el consiguiente desarrollo de nuevos modos de producción. Este doble proceso supone la desaparición de los antiguos modos de producción, la aparición de otros nuevos y la recombinación de las antiguas relaciones económi-

10 Cf. L. von Bertalanffy, *Teoría General de Sistemas*, México, FCE, 1976.

11 Cf. G. Balandier, *Antropología política*, Barcelona, Península, 1969; G. Ribeill, *Tensiones y mutaciones sociales*, Buenos Aires, El Ateneo, 1978.

cas y sociales con otras nuevas. Es decir, sobre la base de trabajos y técnicas tradicionales crecen nuevas formas de trabajo. El proceso implica dos etapas, las llamadas «subsunción formal» y la «subsunción real». En la subsunción formal de un modo de producción a otro se dan dos posibilidades: pueden cambiar las fuerzas de producción sin cambiar las relaciones sociales y lo contrario, pueden cambiar las relaciones sociales, continuando las mismas fuerzas de producción. La subsunción real se deriva de la anterior y aparece cuando en el modo de producción tiene lugar la transformación de la base material juntamente con la transformación de la forma social de producción. Los procesos de transición no se entienden como procesos lineales y homogéneos, sino más bien se reconocen como heterogéneos e irregulares, aceptándose en consecuencia la diversidad de formas dentro de un mismo proceso ¹².

Estos modelos han ejercido una indudable influencia en la investigación desarrollada por los arqueólogos y más concretamente por los prehistoriadores. En líneas generales puede decirse también que tanto las cuestiones sobre el cambio como las distintas respuestas que los antropólogos aportan para su solución han sido asumidas y seguidas con matices por los arqueólogos.

El reconocimiento de este hecho explica que el estudio sobre la neolitización del Cantábrico refleje también este trasfondo teórico y metodológico. Aceptada esta premisa, ¿cuáles son, en concreto, las cuestiones que se abordan en el análisis del proceso de transición al neolítico de la región cantábrica?, ¿qué modelo es el que guía la explicación y solución del problema?

Dentro de la diversidad de aspectos que se abordan destacan especialmente dos cuestiones, en torno a las cuales gira la mayor parte de la investigación: 1) ¿De qué forma y en qué condiciones tiene lugar el proceso y los procesos de cambio que conducen del

12 Cf. M. Godelier, 'D'un mode de production à l'autre: theorie de la transition', en *Recherches Sociologiques* 2 (1991) 161-193; J. L. Izquieta, *Materialismo, culturas y modos de producción*, Salamanca, San Esteban, 1990, pp. 114-124.

epipaleolítico al neolítico? 2) ¿Por qué se inicia el proceso de transición y cuáles son sus causas? ¹³.

En cada una de ellas se incluyen también varias preguntas más concretas. Así, en la cuestión de las condiciones del cambio se plantean dos interrogantes: ¿puede hablarse de una neolitización del conjunto de la región, o es más propio referirse a diversos procesos paralelos? Y en caso afirmativo, ¿qué relación existe —si hay alguna— entre ellos, y cuáles son las causas de las diferencias?

Por otro lado, el problema de las causas suscita, a su vez, distintas cuestiones: ¿cómo se inicia la cría y el cultivo de especies domésticas en la región?, ¿cuáles son las causas de la sustitución de los sistemas basados exclusivamente en la caza, la pesca y la recolección por otros que incluyen la agricultura y la ganadería?, ¿cuáles son las consecuencias de esos cambios de las técnicas de subsistencia en el resto del sistema económico y en otras facetas de la vida social? ¹⁴.

Todas estas cuestiones están relacionadas y giran básicamente en torno a dos aspectos: 1.º el modo en que se produce el proceso; 2.º las causas que lo provocan. Su contenido y las dimensiones que abarcan son, no obstante, lo suficientemente complejas como para abordarlas independientemente, de aquí el que las consideremos en apartados distintos.

II. PROCESOS Y MECANISMOS DEL CAMBIO: INVENCION Y ACULTURACION

El estudio de la forma y de las condiciones en que tienen lugar los cambios de las culturas ha sido abordado por los antropólogos desde diversas perspectivas. Tal como adelantábamos más arriba, la mayoría afrontan el tema atendiendo a dos aspectos. De un lado tie-

¹³ P. Arias, o. c., p. 21.

¹⁴ Ibid.

nen en cuenta las condiciones y dimensiones endógenas de las sociedades y culturas y consideran el descubrimiento y la invención como punto de partida obligado, pues «sólo por medio de estos procesos pueden agregarse nuevos elementos al contenido total de la cultura del hombre. Aunque los caracteres culturales desarrollados pueden transmitirse de una cultura a otra, y la mayoría de las culturas deben el núcleo de su contenido a este proceso, todo elemento de cultura puede, en última instancia, atribuirse a un descubrimiento o a una invención»¹⁵.

De otro lado insisten en la importancia de los factores exógenos, centrándose en los procesos de «difusión» y «aculturación». La difusión se entiende como el proceso por medio del cual «un invento hecho y aceptado socialmente en un punto determinado puede transmitirse a un grupo cada vez mayor de culturas»¹⁶. La aculturación se entiende como el cambio cultural iniciado por la conjunción de dos o más sistemas culturales autónomos. A pesar de su aparente proximidad, la difusión y la aculturación no son procesos idénticos. En el primer caso se considera la «transmisión cultural realizada»; en el segundo, la «transmisión cultural en proceso»¹⁷.

Identificadas las dos posibles opciones, ¿cuál de ellas es la que predomina en la neolitización del Cantábrico? Más concretamente, ¿de qué modo se produce el proceso?, ¿en qué condiciones se lleva a cabo? La respuesta exige, por un lado, la identificación de las posibles alternativas existentes, de otro lado supone la recopilación de datos que permitan confirmar o negar las opciones planteadas.

Dentro de las alternativas apuntadas se manejan tres tipos de hipótesis: 1) Sustitución de los cazadores-recolectores locales por comunidades exógenas neolitizadas. 2) Aculturación de dichas comunidades por influencia de grupos externos neolitizados. 3) Invención

15 R. Linton, 'Descubrimiento, invento y su medio cultural', en A. Etzioni, o. c., p. 383.

16 R. Linton, *Estudio del hombre*, México, FCE, p. 316.

17 Cf. R. Beals, 'Aculturación', en A. L. Kroeber, *Cultura y sociedad*, Buenos Aires, Libros Básicos, 1965, p. 84.

de las nuevas formas de producción por las propias comunidades de cazadores y recolectores de la región¹⁸. ¿Cuál de ellas es la que mejor se ajusta a los datos disponibles?

El análisis pormenorizado de la documentación arqueológica conduce a la aceptación de la hipótesis de la aculturación. El proceso de neolitización de las comunidades del Cantábrico se produjo como consecuencia del contacto que las poblaciones autóctonas tuvieron con grupos externos ya neolitizados. Tanto la industrias líticas y óseas, como las expresiones religiosas que nos han llegado (enterramientos, piezas mobiliarias...) «abogan por una neolitización como proceso de aculturación de las poblaciones indígenas que habitan el Cantábrico... El peso de la tradición es tan fuerte que para explicar las novedades hay que pensar en contactos ocasionales con grupos de fuera de la región, o tal vez en presencia de grupos reducidos de poblaciones neolíticas extranjeras, rápidamente desaparecidos o asimilados. Las novedades están tan vinculadas a regiones vecinas que no cabe pensar en una invención en el Cantábrico»¹⁹.

Las posibilidades de invención o descubrimiento se desechan porque en todos los grupos «del neolítico regional aparecen novedades tipológicas y técnicas de las que no hay precedentes en la región, y que se producen antes o simultáneamente en áreas vecinas (sobre todo en el Alto Ebro)»²⁰. Tampoco existen razones para aceptar la hipótesis de la sustitución de la población nativa por otra procedente del exterior, pues se constata la existencia de lazos estrechos «entre los conjuntos epipaleolíticos y los neolíticos que no sólo afectan a aspectos funcionales o técnicos impuestos por la materia prima, sino a factores técnicos optativos y aspectos estilísticos»²¹.

Aceptada la hipótesis de la aculturación el problema es descubrir cómo y en qué condiciones se produce. Para poder resolver esta doble cuestión es preciso también plantear las posibles alternativas

18 P. Arias, o. c., p. 240.

19 Ibid., p. 267.

20 Ibid., p. 266.

21 Ibid.

que pudieron existir. Dentro de ellas se barajan tres: 1) Aculturación por la imposición sobre la comunidad local de un grupo neolitizado (conquista y dominio). 2) Llegada a la región de grupos neolíticos. En este caso pudo darse una doble opción: *a*) contacto y mezcla de las comunidades; *b*) contactos esporádicos y aislamiento. 3) Aculturación producida por contactos ocasionales con comunidades neolíticas que no habitan la región ²².

De estas opciones la que mejor se ajusta a los datos es la 2b y la 3. El resto de hipótesis, «sin ser contradictorias con los datos, parecen difíciles de conciliar con un paralelismo tan estrecho de las industrias neolítica con la epipaleolítica y un catálogo tan reducido, cualitativa y cuantitativamente, de novedades». La opción primera se descarta por la inexistencia de un utillaje de lujo o de prestigio distinto del epipaleolítico.

Así pues, los procesos de neolitización de la región cantábrica se caracterizan por el predominio de la tradición epipaleolítica. Se confirma, en consecuencia, que la población epipaleolítica cantábrica no vive en el límite de su supervivencia, ni se limita a copiar las técnicas y modos de vida de los grupos neolitizados y menos a desaparecer. «La riqueza y complejidad de su organización social dará lugar a un tránsito al neolítico que se presenta como una recreación, como una adaptación de las novedades, llevadas a cabo por grupos herederos de tradiciones culturales y económicas diversas» ²³, no distinguiéndose, por tanto, de lo que sucede en amplias zonas de Europa occidental.

La minuciosidad seguida en el estudio de los materiales, la diversidad de variables tenidas en cuenta a lo largo del análisis y la apertura crítica hacia las diferentes posibilidades, reconociendo las excepciones que se presentan, son algunos de los hechos que conducen a la aceptación, en términos generales, de la explicación ofrecida.

²² Ibid. 240.

²³ Ibid., p. 277.

A la vista de los datos presentados y del razonamiento seguido, la explicación e interpretación que se ofrece parece correcta. A pesar de ello, la complejidad del fenómeno estudiado y la diversidad de dimensiones que aparecen en él, explican la existencia de algunos vacíos y de algunas afirmaciones poco matizadas. Sin ánimo de cuestionar el conjunto general de las conclusiones presentadas señalamos, esquemáticamente, algunos puntos que nos parecen exigirían una mayor precisión.

Un primer aspecto que resulta confuso es la propia explicación de las fuentes del cambio. De un lado se rechaza la invención y el descubrimiento por parte de los nativos de las nuevas técnicas y condiciones de vida. Se razona y explica que el proceso no es endógeno, pero al mismo tiempo se afirma: «en lo fundamental la cultura de los primeros neolíticos de la región deriva de los diversos grupos epipaleolíticos locales»²⁴.

Por otro lado no queda suficientemente aclarado si la escasez de contactos entre las poblaciones del Cantábrico y las del exterior ha sido constante durante todo el proceso de neolitización o por el contrario se dieron ritmos diversos de encuentro y en consecuencia de cambio. Puede sospecharse que en un período de tiempo tan amplio debieron producirse no sólo variaciones regionales, sino también variaciones en intensidad de contactos y encuentros entre las poblaciones respectivas. Este hecho exigiría, por tanto, plantear algunas matizaciones a la hipótesis que se defiende y no mantener la misma hipótesis para todo el proceso.

La explicación que se ofrece del origen geográfico de los cambios o de la procedencia de las innovaciones es también algo esquemática. Se admiten dos vías de encuentro. De un lado, la del Alto Ebro y, de otro, más excepcional, la del noroeste peninsular. Sin discutir la validez de esta doble vía creemos, no obstante, que a dichas fuentes de contacto pueden añadirse otras. En concreto, las zonas del norte de León, Palencia y Burgos pudieron ser también frentes de

24 Ibid. 274.

encuentro e intercambio. El que en estas zonas no se hayan localizado yacimientos, no debe llevar a descartar su posible existencia.

Existe, asimismo, una cierto desnivel entre la minuciosidad con que se analiza la documentación arqueológica disponible (industria lítica y ósea) y la escasa atención que se presta a la precisión de los conceptos que se manejan para explicar el proceso (transición, aculturación, contacto...). Se da por hecho que estos conceptos tienen un significado uniforme y homogéneo en Antropología y Arqueología, cuando en realidad no es así²⁵.

En términos generales la periodización y diferenciación de unidades culturales es minuciosa y permite captar las innovaciones y variantes más significativas surgidas a lo largo del proceso. Resulta, sin embargo, reiterativa y de difícil seguimiento dada la estrechez y limitación de conceptos que se utilizan para definirla (epipaleolítico, neolítico). Este hecho descubre los problemas conceptuales de la Prehistoria y, aunque desborda la tarea del estudio, sirve, no obstante, para alertar de la complejidad de un proceso que exige la creación de nuevos términos que hagan posible su comprensión con más nitidez. En concreto, dentro del análisis del proceso de neolitización del Cantábrico se distinguen tres momentos: el epipaleolítico, el neolítico, el calcolítico. Cada uno de ellos tiene a su vez distintas fases. El epipaleolítico se subdivide en aziloide y asturiense antiguo y en epipaleolítico final, con al menos tres facies (asturiense reciente, epipaleolítico geométrico del Cantábrico oriental y Atxeta C. El neolítico, por su parte, se subdivide en neolítico I, neolítico II y neolítico final o calcolítico antiguo. Finalmente vendría el calcolítico pleno²⁶. La secuencia resulta, por tanto, compleja y difícil de seguir, y muestra al mismo tiempo la reiteración conceptual a la que nos referíamos más arriba.

Algunas de las dificultades indicadas tienen su razón de ser en el modelo que se sigue para explicar el proceso. Tal como indicába-

25 Cf. José Alsina, *Arqueología antropológica*, Madrid, Akal, 1989, pp. 180-185.

26 P. Arias, o. c., p. 276.

mos, el estudio se plantea desde la perspectiva de la aculturación. Al asumir este enfoque se insiste especialmente en el antes y en el después del cambio, relegando a un segundo plano la consideración de la secuencialidad del proceso. Es decir, se pierden de vista las interferencias, combinaciones y mezclas. Un problema que podía haberse subsanado si se hubiera seguido «la teoría de sistemas» o «la teoría de la transición» de un modo de producción a otro.

III. NATURALEZA Y FUERZAS DE LOS CAMBIOS SOCIOCULTURALES: FACTORES MATERIALES E IDEALES

La consideración del modo en que se realiza el proceso de transición aparece asociada a la cuestión de las razones que inducen o fuerzan a una sociedad a modificar sus pautas de comportamiento económico, social y cultural, es decir, a cambiar de modo de vida.

Los antropólogos y sociólogos han asumido el estudio de este problema desde los inicios de sus disciplinas y han aportado diferentes respuestas. La polaridad reseñada anteriormente se refleja aquí, de un lado, en la postura de los que consideran que los cambios en las ideas preceden al resto de dimensiones y, de otro, en la posición de aquellos que sostienen que las transformaciones en el orden económico o técnico anteceden a las ideativas y son más rápidas que éstas. La mayoría de los autores reconocen, no obstante, la existencia de una reciprocidad entre la estructura material y el pensamiento y aceptan, en líneas generales, que «Materialismo y espiritualismo son interpretaciones igualmente posibles, pero como trabajo preliminar; si, por el contrario, pretenden constituir el término de la investigación, ambas son igualmente inadecuadas para servir la verdad histórica»²⁷.

27 M. Weber, *La Ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 1969, pp. 261-262.

En la actualidad se rechazan las teorías deterministas y se insiste en que todos los esfuerzos para explicar los cambios sociales considerándolos originados en un solo factor social han fracasado por completo, en tanto que los esfuerzos para demostrar que son muchos los factores que ejercen alguna influencia resultan mucho más satisfactorios²⁸, aceptándose casi unánimemente el punto de vista de la multiplicidad de factores.

A pesar de ello, dentro de la antropología se constata la vigencia de algunas corrientes que dan mayor importancia a la variable económica, técnica, demográfica o ecológica. Este planteamiento ha sido asumido desde los años cincuenta por los antropólogos neoevolucionistas y más recientemente por los seguidores de la ecología cultural, el materialismo cultural o el neomarxismo.

Por su parte, entre los arqueólogos que se han preocupado por la solución de esta cuestión se observa también una mayor inclinación por dar prioridad a los factores «materiales». La razón de esta actitud se explica, en parte, por las propias limitaciones de su campo de estudio. «Un arqueólogo tendrá que hacer un pequeño esfuerzo para apartarse deliberadamente de una concepción materialista de la vida humana y de la historia en simples términos de determinismo económico. Un paquete de medicinas de un indio de las Llanuras o un dibujo totémico australiano, como objetos arqueológicos, por sí solos comunicarían muy poco de lo mucho que el etnólogo... puede llegar a descubrir acerca de su significado. Por tanto, la opinión que se haga el arqueólogo acerca de la forma de vida de los pueblos precivilizados pondrá de relieve los aspectos prácticos de la vida y las influencias materiales en el cambio»²⁹.

Partiendo de estas premisas resulta fácil de comprender el enfoque que se asume en el estudio sobre el proceso de neolitización dentro del Cantábrico. Las hipótesis que se manejan dejan abierta, no

28 A. Etzioni, o. c., p. 16.

29 R. Redfield, *El mundo primitivo y sus transformaciones*, México, FCE, 1966, p. 17.

obstante, la posibilidad de una doble causa en el origen del proceso. Se aceptan, como posibles: razones de tipo económico (desequilibrios graves, como la ineficacia del sistema de caza, pesca y recolección) y causas de carácter social (prestigio de determinados bienes o actividades, ritos, fiestas...).

En principio los datos disponibles no confirman con certeza ninguna de las dos opciones. La causa económica no es segura, porque no existen indicios de cambios importantes en el sistema económico de los últimos cazadores-recolectores. Las razones sociales no son tampoco claras, pues en las tumbas epipaleolíticas no se descubren indicios de neolitización.

Existen, a pesar de ello, algunos hechos que parecen favorecer la primera opción. En concreto se constata que la población epipaleolítica realiza una ampliación progresiva del área de recolección y acelera la colonización de las zonas interiores. ¿Qué es lo que pudo forzar este doble comportamiento? Pueden apuntarse dos razones: 1) la crisis del sistema productivo tradicional; 2) el crecimiento demográfico.

La primera posibilidad se desecha por no existir indicios ecológicos. La segunda es más viable, pues se constata el incremento de yacimientos, la colonización de nuevas áreas geográficas y la ampliación de explotación de áreas³⁰. Esta constatación nos lleva a preguntarnos también por la razón que pudo desencadenar o producir ese crecimiento de la población. En este caso podemos barajar dos posibilidades: 1) llegada a la región de población inmigrante; 2) crecimiento vegetativo de la población autóctona.

De la primera posibilidad no se tienen pruebas, lo que lleva a la aceptación de la segunda alternativa. Ahora bien, ¿qué es lo que pudo desencadenar ese crecimiento vegetativo? Nuevamente las posibilidades se reducen a dos: 1) una disminución de la mortalidad; 2) una variación en la natalidad. No existe ningún hecho que justifique la primera opción. Tendremos que aceptar, por tanto, la segun-

30 P. Arias, o. c., pp. 341-342.

da opción. En este caso, la pregunta a plantear es también clara: ¿por qué se altera el control de natalidad que presumiblemente tenían los epipaleolíticos? Pudo ser o bien por un cambio en la dieta, o bien por un cambio en las normas reguladoras de la natalidad. Dada la lógica que se defiende para explicar el origen y fuente de los cambios, parece que la explicación se encuentra en la segunda posibilidad; aceptándose como explicación la llegada a la región cantábrica de pautas culturales que rebajarían los límites del crecimiento demográfico³¹.

En definitiva, los indicios de ampliación de áreas de explotación y de colonización de zonas confirman la existencia de un régimen demográfico expansivo, que fuerza a los cazadores y recolectores del Cantábrico a intensificar y ampliar su economía de espectro amplio, cazando más intensamente en nuevas zonas y añadiendo nuevas técnicas de explotación de recursos del territorio.

De los datos disponibles y de las hipótesis manejadas se podría, en consecuencia, extraer el siguiente esquema de explicación: 1) la aceptación por parte de la población epipaleolítica del Cantábrico de nuevas pautas demográficas rompe el control de natalidad vigente hasta ese momento; 2) este hecho conduce inevitablemente a una expansión demográfica; 3) que impone, a su vez, una transformación en el modo de producción y en sus relaciones sociales; 4) lo que produce, al mismo tiempo, una modificación en su cosmovisión religiosa (mitos y ritos).

La causa primera, si puede hablarse así, del cambio de las comunidades epipaleolíticas, el factor que desencadena el proceso de transición al neolítico fue, por tanto, paradójicamente la adopción de nuevas pautas de comportamiento. Es decir, el cambio en el modo de producción vino provocado por un cambio de ideas: «La adopción de la agricultura y la ganadería por las comunidades de cazadores y recolectores del epipaleolítico cantábrico sería una respuesta a los desequilibrios producidos en su organización económica y social

31 Ibid., pp. 343-344.

por un rápido crecimiento demográfico. Este se habría producido por alteraciones en los sistemas que lo controlaban, originadas tal vez por contactos con las poblaciones ya neolitizadas del Alto Ebro»³².

El razonamiento seguido en la exposición deja poco margen para la duda. A la vista de los datos existentes y del análisis realizado, aunque las hipótesis barajadas no están confirmadas, son bastante coherentes y no parecen contradictorias. Ahora bien, aunque es difícil cuestionar la línea argumental y las hipótesis utilizadas, existen algunas afirmaciones que pueden discutirse y que exigirían mayor rigor.

Uno de los puntos más débiles es precisamente la justificación que se ofrece de los cambios en las pautas demográficas. La base en la que se funda su razonamiento es la aceptación previa de que en el epipaleolítico, a diferencia del neolítico, existe un control sobre la natalidad y, por tanto, una regulación demográfica. Ahora bien, ¿en qué se apoya este supuesto?, ¿qué datos existen para sostener esta afirmación?

Algo similar sucede con la hipótesis del crecimiento demográfico producido como consecuencia del proceso de neolitización. La constatación de que en ese momento se intensifica y amplía la explotación económica no es razón suficiente para afirmar que su justificación se encuentre en el incremento de la población, sobre todo cuando las pruebas que se poseen sobre dicho crecimiento son indirectas.

Por otro lado, al defender esta causa se constata la existencia de una cierta circularidad, ya que se apunta como razón originaria del proceso un factor biológico (incremento demográfico), pero se adelanta también que el desencadenante del mismo es de tipo cultural (aceptación de nuevas normas procreadoras).

En este mismo sentido, aunque no se formula expresamente la secuencia de los cambios dentro del proceso y la posible interrelación de las distintas variables que intervienen, sí que se detecta una

32 Ibid., p. 346.

cierta inclinación por aceptar una secuencia en la que los cambios sociales y culturales son resultado de cambios en la producción y reproducción: «La neolitización habría creado un conflicto entre las estructuras sociales y la base económica, que se resolvería con un nuevo sistema... las estructuras sociales heredadas del epipaleolítico, y el sistema cultural que las regulaba y les daba sentido podrían haber entrado en conflicto con las exigencias de la nueva base económica. El sistema precisaría una religión que asegurara la cohesión social... y ello habría llevado a adquirir algunos ritos de los vecinos neolíticos que más podrían contribuir a ello»³³.

Se sugiere, por tanto, la prioridad de los cambios en el orden económico y la inevitable adaptación del resto de dimensiones a dichos cambios. Este tipo de explicación, aunque es legítima, adolece de cierto mecanicismo. Recuerda claramente la línea argumental del «materialismo cultural» en la que «la producción y la reproducción» determinan unidireccionalmente todas las demás variables del sistema, restringiéndolas a meros epifenómenos, aceptando la supremacía de los factores ecológicos, demográficos y económicos sobre el resto de las dimensiones que configuran los sistemas sociales. Al aceptar esta explicación se pierde de vista el carácter radial que asumen los procesos de cambio. Es decir, la explicación que prioriza un solo factor olvida que los cambios suponen siempre una red de interrelaciones e interdependencias de todas las dimensiones que configuran la vida de los sociedades.

Mas allá de estas observaciones, nos parece también demasiado simple y esquemático generalizar las mismas causas o razones del proceso para toda la región. Parece excesivo atribuir idénticas razones del cambio en las diferentes zonas, cuando se observa cierta diversidad en la industria y probablemente en las características ecológicas.

Resulta, por otro lado, llamativa la relevancia concedida en el estudio a la dimensión económica y la poca precisión que existe en

33 Ibid., pp. 348-350.

el manejo de este concepto. En ningún momento se delimita su sentido. Se habla de «industria», de «sistemas económicos», de «organización económica», «actividades productivas», «modos de subsistencia», etc., sin matizar los rasgos y constantes presentes en estas dimensiones. Lo económico tiene en antropología diversas acepciones según las escuelas o perspectivas desde las que se plantee, pero todas ellas especifican y precisan su contenido y dimensiones. Dada la importancia que a lo largo del proceso se concede a esta dimensión hubiera sido conveniente matizar con más detalle el sentido que se da al término, así como las implicaciones que dicha dimensión tiene en el proceso de neolitización.

Esta falta de precisión se constata también en la consideración de las denominadas «manifestaciones espirituales». No queda claro lo que implica este término. Parece que se refiere únicamente a las expresiones religiosas. El concepto es equívoco, pues se supone que la elaboración y el uso de la industria es también una manifestación espiritual.

IV. EL RITMO EN LOS CAMBIOS Y EN LOS PROCESOS DE TRANSICIÓN: ¿CAMBIO GRADUAL O CAMBIO REVOLUCIONARIO?

Dentro de los interrogantes surgidos en el análisis del cambio social y cultural uno de los problemas a los que se concede cierta atención es al ritmo e intensidad con que tienen lugar los procesos de transformación de las sociedades y de las estructuras o variables que las configuran.

Las respuestas que tradicionalmente se aportan a esta cuestión se mueven en torno a dos posibles alternativas. Los cambios pueden realizarse rápida e intensamente o, por el contrario, pueden darse lenta e imperceptiblemente. Por otro lado, las dimensiones que configuran la vida social pueden variar, cada una de ellas, a distinto ritmo. Estas opciones conducen, en definitiva, a reconocer la existen-

cia de procesos de cambio graduales y procesos de cambio revolucionarios (expresión particular del cambio rápido).

Unido estrechamente a esta cuestión aparece también el problema de la continuidad y discontinuidad en los procesos de cambio. El enfoque de la continuidad considera que, «exactamente igual que las horas y los días son el resultado de la acumulación de los segundos y los minutos, los cambios mayores en la historia... son consecuencia de la acumulación de pequeños cambios»³⁴. Por el contrario, en la perspectiva de la discontinuidad se entiende que «existen cambios esenciales, de transformación, mutacionales en la historia social que no pueden considerarse resultado de un simple efecto acumulativo de una larga serie de cambios pequeños en constante actuación»³⁵.

Reconocidas ambas posibilidades, ¿cuál de ellas domina y prevalece en el proceso de neolitización de la región cantábrica? Más concretamente: «¿se puede hablar a partir del caso del Cantábrico de una "revolución neolítica", o de un mero ajuste más en una línea evolutiva sin saltos?»³⁶.

Al igual que en el resto de cuestiones el análisis se plantea teniendo en cuenta tanto los datos arqueológicos como la reconstrucción hipotética del proceso. En este caso, se parte también de las dos alternativas propuestas por los estudiosos del neolítico. Es decir, de un lado se asume la perspectiva del conocido prehistoriador Gordon Childe, introductor de la expresión «revolución neolítica», y se acepta que «lo fundamental de los planteamientos de Childe puede considerarse todavía vigente»³⁷. Por otro lado, se reconoce que «desde que Childe escribiera sus grandes síntesis...» se han propuesto nuevas explicaciones, observándose que no parece existir una ruptura radical entre las técnicas «productivas» y las «predatorias»³⁸.

34 R. Nisbet y otros, *Cambio social*, Madrid, Alianza, 1979, p. 31.

35 *Ibid.*, p. 32.

36 P. Arias, *ibid.*, p. 353.

37 *Ibid.*, p. 19.

38 *Ibid.*, p. 18.

El reconocimiento de estas dos interpretaciones conduce a defender, indistintamente, por una parte que el proceso de neolitización del Cantábrico fue gradual, siendo en consecuencia imperceptible la ruptura entre el epipaleolítico y el neolítico: «El neolítico de la región cantábrica muestra un asombroso grado de continuidad con respecto a las unidades culturales que lo preceden... En lo fundamental, la cultura de los primeros neolíticos de la región deriva de los diversos grupos epipaleolíticos locales»³⁹.

Ahora bien, a pesar de las pruebas que se adelantan para confirmar este hecho, se insiste también, paradójicamente, en calificar el proceso como «revolucionario», pues «aunque aparentemente, la neolitización del Cantábrico es un cambio de poca entidad... Sin embargo, la neolitización supone una serie de alteraciones que... contribuirán a modificar radicalmente las sociedades de la región»⁴⁰. En la propia conclusión del estudio se rescata el concepto childiano de «revolución neolítica» negando la posibilidad de concebir la neolitización regional como una «adición» de mejoras y ajustes socioeconómicos y se afirma: «El proceso trastocará totalmente —y en un plazo muy breve para el ritmo de evolución histórica de la época— todos los fundamentos de la sociedad»⁴¹.

Parece, por tanto, que el ritmo de la neolitización no fue gradual, sino que se dio con cierta rapidez, provocando al mismo tiempo una ruptura, con los modos de vida precedentes. Sin embargo, si tenemos en cuenta determinadas afirmaciones y los datos que se ofrecen al analizar el proceso, existen razones para pensar lo contrario. Nos encontramos, por tanto, frente a una respuesta poco matizada o insuficientemente explicada, pues de una parte se reconoce el carácter progresivo, continuado e imperceptible del proceso y por otra se insiste en la idea de ruptura. Es probable que la ambigüedad radique en la amplitud con que se utiliza el término Neolítico, pues

39 Ibid., pp. 272-274; 332-333.

40 Ibid., p. 357.

41 Ibid., pp. 356-356.

da la impresión de que en algunos casos se asume como un proceso y en otros se entiende como el final o la conclusión del mismo.

El estudio se cierra con la valoración de esta cuestión. Nosotros concluimos también nuestro análisis. Quedan sin plantear otros interrogantes sobre el fenómeno del cambio, pero que son difíciles de plantear y resolver desde la óptica de los prehistoriadores.

Del recorrido realizado se extraen algunas constates que permiten entender los aspectos más relevantes del proceso. A través de nuestro análisis hemos pretendido mostrar la explicación que se ofrece del fenómeno, así como las posibles lagunas o vacíos presentes en su exposición. Es probable, sin embargo, que hayamos dado una visión parcial y unilateral del estudio, tanto por la perspectiva desde la que realizamos nuestro balance, como por la insistencia en algunas afirmaciones discutibles. Esta circunstancia nos lleva a resaltar por igual el rigor y la minuciosidad con que se analizan los datos arqueológicos y el valor del autor en plantearse la reconstrucción hipotética del proceso. El estudio resulta además convincente por diversos motivos. Existe en primer lugar una documentación arqueológica que parece confirmar el discurso seguido. Se han planteado también las diferentes alternativas que podían seguirse en la solución del problema. Se estudian los materiales procedentes de las diferentes zonas geográficas que configuran la región cantábrica. Predomina el análisis de la industria, pero se valoran también las manifestaciones culturales, incluyendo para ello categorías y supuestos más amplios que los propios de la disciplina. Se identifican y distinguen con minuciosidad los momentos y fases que aparecen en el desarrollo del proceso.

Quede en claro, por tanto, no sólo el reconocimiento de los méritos presentes en el estudio, sino también la doble intención que en todo momento guió nuestra reflexión: de un lado, el análisis crítico del texto y, de otro, la presentación de algunas cuestiones y respuestas seguidas por los antropólogos en el estudio de los procesos de transición y de cambio sociocultural.